

**Camilla
Läckberg**

La mirada de los ángeles

Los crímenes de Fjällbacka

Traducción:
CARMEN MONTES CANO



MAEVA

«Si un solo hombre puede demostrar tanto odio,
imagínate cuánto amor podemos demostrar todos juntos.»

Habían pensado aliviar el dolor reformando la casa. Ninguno de ellos estaba seguro de que fuese un buen plan, pero era el único que tenían. La otra opción era dejarse consumir.

Ebba pasaba la rasqueta por las paredes de la casa. La pintura se desprendía fácilmente. Ya había empezado a descascarillarse por sí sola, ella únicamente tenía que contribuir un poco. El sol de julio calentaba de lo lindo, el flequillo se le pegaba a la frente y le dolían los brazos, porque llevaba tres días efectuando el mismo movimiento cansino, de arriba abajo. Pero agradecía el dolor físico. Cada vez que se acentuaba, al mismo tiempo y por un instante, se atenuaba el del corazón.

Se dio la vuelta y observó a Mårten, que serraba listones en el césped de delante de la casa. Al parecer, notó que ella lo estaba mirando, porque levantó la vista y la saludó con el brazo, como si Ebba fuera un conocido al que viera por la calle. Ella notó que correspondía mecánicamente con el mismo gesto extraño.

Pese a que habían transcurrido más de seis meses desde que se les arruinó la vida, seguían sin saber cómo actuar el uno con el otro. Cada noche se acostaban en la cama de matrimonio dándose la espalda, aterrados ante la idea de que un movimiento involuntario desencadenara algo que luego no supieran controlar. Era como si el dolor los colmase hasta el punto de incapacitarlos para abrigar ningún otro sentimiento. Ni amor, ni calidez, ni compasión.

La culpa se interponía entre ellos como un peso del que no hablaban. Habría sido más fácil si hubieran podido analizarla y decidir cuál era su sitio. Sin embargo, se movía libremente de un lado a otro, cambiaba de potencia y de forma y atacaba cada vez desde una nueva posición.

Ebba se volvió de nuevo hacia la pared y continuó raspando. La pintura blanca caía a sus pies en grandes capas gruesas, dejando visible la madera. Acarició los listones con la mano. Nunca antes se había percatado de que la casa tenía alma. Aquella casa adosada de Gotemburgo que ella y Mårten habían comprado cuando aún era prácticamente nueva. Entonces le encantaba que todo estuviera limpio y reluciente, que estuviera impecable. Ahora, en cambio, lo nuevo no era más que un recuerdo de lo que hubo, y esta otra casa, con sus desperfectos, encajaba mejor con su estado de ánimo. Se reconocía en aquel tejado con goteras, en la caldera, que a veces no arrancaba sino a golpes, y en el aislamiento defectuoso de las ventanas, donde no podían dejar una vela encendida sin que la corriente apagase la llama al cabo de un rato. También en su ánimo llovía y soplaba el viento. Y las llamas que ella trataba de encender se extinguían implacablemente con un soplo frío.

Quizá las heridas del alma sanaran allí, en Valö. No tenía recuerdos de aquel lugar, pero era como si la isla y ella se reconocieran. Se encontraba enfrente de Fjällbacka y, desde el muelle, distinguía perfectamente al otro lado el centro de la población costera. Al pie del escarpado macizo rocoso se sucedían, como un collar de perlas, las casas blancas y las cabañas rojas de los pescadores. Era tan hermoso que se estremecía al verlo.

El sudor le rodaba por la frente y le escocía en los ojos. Se limpió con la camiseta y los entornó al sol. Las gaviotas volaban en círculos allá arriba. Chillaban y se llamaban unas a otras, y sus graznidos se mezclaban con el ruido de los botes que navegaban el estrecho. Ebba cerró los ojos y se dejó transportar por los sonidos. Lejos de sí misma, lejos de...

—¿Qué te parece si nos tomamos un descanso y nos damos un baño?

La voz de Mårten atravesó el decorado sonoro que le proporcionaban las gaviotas y Ebba se sobresaltó. Negó desconcertada, pero luego dijo que sí.

—Sí, venga —dijo, y se bajó de la escalera.

Habían puesto a secar los bañadores en la parte posterior de la casa. Ebba se quitó la ropa empapada de sudor y se puso el biquini.

Mårten se había cambiado más rápido y la esperaba impaciente.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —dijo, y se adelantó hacia el sendero que conducía a la playa. Era una isla bastante grande, y no tan árida como muchas de las islas más pequeñas del archipiélago de Bohuslän. El sendero estaba flanqueado de árboles frondosos y de altos matorrales, y Ebba caminaba pisando fuerte la tierra. Tenía muy arraigado el miedo a las serpientes, que se había intensificado días atrás, cuando vieron una víbora que se calentaba al sol.

El terreno ya empezaba a descender hacia la playa y Ebba no pudo por menos de pensar en cuántos pies infantiles habrían transitado por aquel sendero a lo largo de los años. Aquella zona aún se conocía con el nombre de colonia infantil, a pesar de que no había allí colonias desde los años treinta.

—Ten cuidado —dijo Mårten señalando unas raíces de árboles que sobresalían del suelo.

Esa actitud solícita, que debería conmoverla, la asfixiaba, para demostrárselo, pisó con descaro las raíces. Unos metros más allá, notó la aspereza de la arena en las plantas de los pies. Las olas azotaban la orilla. Ebba dejó la toalla en la arena y se zambulló en el agua salada. Notó el roce de las algas y el frío repentino le cortó la respiración, pero enseguida se alegró de poder refrescarse. Oyó a su espalda que Mårten la llamaba, fingió que no lo oía y continuó adentrándose en el mar. Cuando dejó de hacer pie, empezó a nadar y de tan solo unas brazadas alcanzó la pequeña plataforma de baño que había anclada al fondo a un trecho de la orilla.

—¡Ebba! —Mårten la llamaba desde la playa, pero ella siguió haciendo caso omiso y se agarró a la escalera de la plataforma.

Necesitaba estar sola unos minutos. Si se tumbaba un rato y cerraba los ojos, podría creer que era un náufrago de un buque hundido en alta mar. Sola. Sin necesidad de pensar en nadie más.

Oyó las brazadas que se acercaban en el agua. La plataforma se balanceó cuando Mårten se aferró al borde para subirse y ella cerró los ojos con fuerza para aislarse unos segundos más. Quería estar a solas. No compartir la soledad con Mårten, que es lo que hacían últimamente. Muy a disgusto, abrió los ojos.

Erica estaba sentada a la mesa del salón. Se diría que hubiesen tirado allí una bomba de juguetes. Coches, muñecas, peluches y disfraces, todo mezclado y manga por hombro. Tres niños, los tres menores de cuatro años, conseguían que la casa se encontrara casi siempre en ese estado. Pero, como de costumbre, dio prioridad a su trabajo en lugar de ponerse a recoger ahora que tenía un rato libre.

Oyó que abrían la puerta y, al levantar la vista del ordenador, vio que era su marido.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? ¿No ibas a ver a Kristina?

—Mi madre no está en casa. Típico. Aunque la verdad, debería haber llamado primero —dijo Patrik quitándose los zuecos de goma.

—¿De verdad tienes que usar esos zapatos? Y, encima, para conducir. —Señaló aquel calzado abominable que, para colmo de males, era de color verde chillón. Su hermana Anna se los había regalado a Patrik en broma, y él se negaba a ponerse otros.

Patrik se le acercó y le dio un beso.

—Es que son tan cómodos... —dijo, y se encaminó a la cocina—. Por cierto, ¿han conseguido localizarte de la editorial? Debía de ser muy importante, cuando me han llamado a mí.

—Quieren saber si podré ir a la feria del libro de este año, tal y como les prometí. Pero es que no termino de decidirme.

—Pues claro que tienes que ir. Yo me quedo con los niños ese fin de semana, ya lo he arreglado para no ir al trabajo.

—Gracias —dijo Erica, aunque en el fondo se irritó consigo misma por sentir gratitud hacia su marido. ¿Cuántas veces no se quedaba ella cuando su puesto en la Policía lo reclamaba con unos minutos de margen, o cuando tenía que irse ya fuera fiesta o fin de semana, o por la noche, porque el trabajo no podía esperar? Quería a Patrik más que a nadie en el mundo, pero a veces tenía la sensación de que apenas se paraba a pensar en que ella era la principal responsable de la casa y los niños. Ella también tenía una carrera profesional que atender; y una carrera de éxito, por si fuera poco.

La gente le decía que debía de ser fantástico ganarse la vida como escritora. Poder decidir cómo organizar el tiempo y ser tu propio jefe. Erica siempre se enfadaba porque, aunque le gustaba muchísimo su trabajo y era consciente de la suerte que tenía, la realidad era muy distinta a como ellos la imaginaban. Ella no asociaba la libertad a la profesión de escritor. Al contrario, cada libro podía engullir todo su tiempo y sus pensamientos, las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. A veces envidiaba a aquellos que iban al trabajo, hacían lo que tenían que hacer durante la jornada y, a la hora de irse a casa, habían terminado. Ella nunca desconectaba del trabajo, y el éxito conllevaba unas exigencias y expectativas que debía conjugar con su condición de madre de familia.

Además, resultaba difícil argumentar que su trabajo era más importante que el de Patrik. Él protegía a las personas, resolvía asesinatos y contribuía a que la sociedad funcionara mejor. Ella, en cambio, escribía libros que la gente leía para entretenerse. Comprendía y aceptaba que ella salía ganando, aunque a veces le entraran ganas de dar un zapatazo y ponerse a gritar con todas sus fuerzas.

Se levantó suspirando y fue a la cocina con su marido.

—¿Están dormidos? —preguntó Patrik mientras reunía los ingredientes de su bocadillo favorito: galleta de pan, mantequilla, caviar y queso. A Erica se le ponían los pelos de punta solo de pensar que luego iba a mojarlo en la taza de chocolate caliente.

—Sí, para variar. He conseguido meterlos en la cama a los tres al mismo tiempo. Se han pasado la mañana jugando de lo lindo, así que estaban agotados.

—Qué bien —dijo Patrik, y se sentó a comer.

Erica volvió al salón para ver si le daba tiempo a escribir un poco más antes de que se despertaran los niños. Siempre robando minutos. Por ahora, solo podía contar con eso.

En el sueño todo estaba ardiendo. Con el horror en los ojos y la nariz pegada a la ventana, Vincent contemplaba el espectáculo. Ella veía las llamas alzarse más y más a su espalda. Cada vez las tenía más cerca, le chamuscaban los rizos rubios, y lo veía gritar, aunque no lo oía. Ella quería precipitarse hacia la ventana, romperla y salvar a Vincent de las llamas que amenazaban con consumirlo. Pero por más que lo intentaba, el cuerpo no obedecía sus órdenes.

Y oía la voz de Mårten. Terriblemente acusadora. La odiaba por no haber sido capaz de salvar a Vincent, por haberse quedado allí viendo cómo se quemaba vivo ante sus ojos.

—¡Ebba! ¡Ebba!

Oír su voz la impulsó a intentarlo una vez más. Tenía que salir corriendo y romper la ventana. Tenía que...

—¡Ebba, despierta!

Alguien la zarandeó por los hombros y la obligó a incorporarse. Poco a poco, el sueño se esfumó. Ella quería retenerlo, arrojarlo a las llamas y quién sabe si sentir, por un instante, el cuerpecito de Vincent en sus brazos antes de morir con él.

—Tienes que despertarte, ¡hay un incendio!

Enseguida se desabiló por completo. El olor a humo le picaba en la nariz y la garganta empezó a escocerle de tanto toser. Cuando levantó la cabeza, vio las vaharadas de humo que salían por la puerta.

—¡Tenemos que salir! —gritaba Mårten—. Arrástrate por debajo de la nube de humo, yo voy a ver si se puede apagar el fuego.

Ebba salió de la cama tambaleándose y se desplomó en el suelo. Sintió en la mejilla el calor de los listones de madera. Le ardían los pulmones y experimentó un cansancio inexplicable. ¿De dónde sacaría las fuerzas para ir a ninguna parte? Lo que quería era rendirse y dormir. Cerró los ojos, notó un pesado sopor que se le extendía por todo el cuerpo. Podría descansar. Simplemente dormir un rato.

—¡Arriba! Tienes que levantarte. —La voz de Mårten resonaba chillona y la sacó del adormecimiento. Él, que no solía asustarse de nada. Empezó a tirar de ella y le ayudó a ponerse de rodillas.

Muy a su pesar, Ebba comenzó a andar a cuatro patas. El miedo había empezado a arraigar también en ella. Notaba cómo el humo le colmaba los pulmones al respirar, como un veneno que actuaba lentamente. Pero prefería morir por el humo que pasto de las llamas. La idea de que le ardiera la piel le bastó para ponerse en marcha y salir a rastras de la habitación.

De pronto, se sintió desconcertada. Debería saber hacia qué lado quedaba la escalera, pero era como si no le funcionara el cerebro. Solo veía ante sí una niebla negruzca y compacta. Presa del pánico, empezó a moverse hacia delante para no quedar atrapada en medio del humo.

En el preciso momento en que alcanzó la escalera, Mårten apareció delante de ella, extintor en mano. Bajó la escalera de tres zancadas y Ebba se lo quedó mirando. Exactamente igual que en el sueño, tenía la sensación de que el cuerpo había dejado de obedecer. Las articulaciones se negaban a moverse, se quedó inerte, a cuatro patas, mientras el humo se volvía más denso a su alrededor. Volvió a toser, y cada golpe de tos desencadenaba el siguiente. Le lloraban los ojos y pensó en Mårten, pero no tenía fuerzas para preocuparse por él.

Una vez más, tomó conciencia de lo atractiva que era la idea de rendirse. De desaparecer, desprenderse del dolor que le destrozaba cuerpo y alma. Empezó a nublársele la vista y se tumbó despacio, apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos. Todo a su alrededor era blando y suave. El sopor la colmó otra vez y

la acogió dulcemente. No quería hacerle ningún mal, solo abrazarla para que se recuperase.

—¡Ebba! —Mårten empezó a tirarle del brazo y ella se resistió. Quería continuar la travesía rumbo a aquel lugar hermoso y apacible. Entonces notó el golpe en la cara, una bofetada que le escoció en la mejilla. Aturdida, se incorporó y miró a Mårten directamente a los ojos. Y en ellos vio preocupación y rabia.

—¡He conseguido apagar el fuego! —exclamó—. ¡Pero no podemos quedarnos aquí!

Hizo amago de querer llevarla en brazos, pero ella se negó. Él le había arrebatado la única posibilidad de reposo que se le había presentado en mucho tiempo, y empezó a golpearle el pecho enfurecida, con los puños cerrados. Sintió alivio al dar rienda suelta a la rabia y la desesperación, y lo golpeó tan fuerte como pudo hasta que Mårten logró agarrarle las muñecas. Sujetándola fuerte, la obligó a acercarse y, con la cabeza contra su pecho, oyó los latidos de su corazón. Aquel sonido la hizo llorar. Finalmente, dejó de oponer resistencia mientras él le ayudaba a ponerse de pie. La llevó fuera y, cuando se le llenaron los pulmones del aire fresco de la noche, Ebba se rindió y cayó en el sopor.

Fjällbacka, 1908

Llegaron por la mañana temprano. La madre ya estaba en pie con los pequeños, mientras Dagmar seguía remoloneando en la cama, tan calentita. Aquella era la diferencia entre la verdadera hija de mamá y cualquiera de los hijos bastardos a los que cuidaba. Dagmar era especial.

—Pero ¿qué está pasando? —gritó el padre desde el dormitorio. Tanto él como Dagmar se habían despertado al oír cómo aporreaban la puerta insistentemente.

—¡Abrid! ¡Somos de la Policía!

Al parecer, se les terminó la paciencia, porque la puerta se abrió de golpe y un hombre uniformado entró en la casa como una tromba.

Dagmar se sentó aterrada en la cama, tratando de protegerse con el edredón.

—¿La Policía? —El padre fue a la cocina, abrochándose como podía el cinturón del pantalón. Tenía el pecho hundido y cubierto de niditos des-poblados de vello gris—. En cuanto me ponga la camisa aclaremos el asunto. Aquí solo vive gente honrada.

—¿Y no vive aquí Helga Svensson? —dijo el policía. Detrás de él esperaban otros dos hombres, muy pegados el uno al otro, porque la cocina era pequeña y estaba llena de camas. En aquellos momentos tenían allí cinco niños.

—Soy Albert Svensson, Helga es mi mujer —dijo el padre, que ya se había puesto la camisa y les hablaba con los brazos cruzados.

—¿Dónde está su mujer? —le preguntó el policía con tono imperioso.

Dagmar vio la cara de preocupación de su padre, el ceño fruncido. Se preocupaba por cualquier cosa, decía su madre. Tenía poco temple.

—Mamá está en el jardín, en la parte de atrás. Con los pequeños —respondió Dagmar, de cuya presencia los policías no se habían percatado hasta el momento.

—Gracias —dijo el agente que parecía llevar la voz cantante, antes de darse media vuelta.

El padre fue detrás de los policías, pisándoles los talones.

—No pueden irrumpir así en casa de gente decente. Nos han dado un susto de muerte. Tienen que explicarnos qué es lo que pasa.

Dagmar apartó a un lado el edredón, plantó los pies en el suelo frío de la cocina y echó a correr tras ellos en camisón. Al doblar la esquina, se paró en seco. Dos de los policías sujetaban a su madre muy fuerte, cada uno por un brazo. Ella trataba de liberarse y los hombres jadeaban por el esfuerzo que suponía retenerla. Los niños chillaban, y la ropa que la madre estaba tendiendo cayó al suelo en medio del jaleo y la confusión.

—¡Mamá! —gritó Dagmar, y echó a correr hacia ella.

Se abalanzó a la pierna de uno de los policías y le mordió el muslo con todas sus fuerzas. El hombre soltó a la madre con un grito, se dio la vuelta y le estampó a Dagmar una bofetada que la tumbó. Se quedó sentada en la hierba, pasándose perpleja la mano por la mejilla dolorida. En sus ocho años de vida, nadie le había puesto una mano encima. Claro que había visto a su madre dar azotes a los niños, pero jamás se le ocurriría levantarle la mano a ella. Y por eso su padre tampoco se había atrevido.

—¿Pero qué hace? ¿Pegarle a mi hija? —La madre, fuera de sí, empezó a dar patadas a los hombres.

—Eso no es nada en comparación con lo que ha hecho usted. —El policía volvió a agarrarla fuerte del brazo—. Es sospechosa de infanticidio, y tenemos permiso para registrar su casa. Y créame que lo haremos a conciencia.

Dagmar vio que su madre se venía abajo. Aún le ardía la mejilla como si tuviera fuego en la cara y el corazón le martilleaba en el pecho. Los niños lloraban a su alrededor como si hubiera llegado el día del Juicio Final. Y tal vez fuera verdad. Porque, aunque Dagmar no comprendía lo que estaba sucediendo, la expresión de su madre no dejaba lugar a dudas: su mundo acababa de desmoronarse.

–Patrik, ¿podrías ir a Valö? Nos ha llegado una emergencia, parece que se ha producido un incendio y hay indicios de que sea provocado.

–¿Cómo? Perdona, ¿qué decías?

Patrik ya estaba levantándose de la cama. Se encajó el teléfono entre la oreja y el hombro mientras se ponía los vaqueros. Aún adormilado, miró el reloj. Las siete y cuarto. Se preguntó qué haría Annika en la comisaría a aquellas horas.

–Sí, que se ha declarado un incendio en Valö –repitió Annika impaciente–. Los bomberos acudieron de madrugada, pero sospechan que se trate de un incendio provocado.

–¿Dónde exactamente?

Erica se volvió en la cama.

–¿Qué pasa? –preguntó con un murmullo.

–Trabajo. Tengo que irme a Valö –le susurró Patrik. Para una vez que los gemelos seguían durmiendo después de la seis y media, no había por qué despertarlos.

–En la colonia infantil –dijo Annika al teléfono.

–De acuerdo. Saldré en barco enseguida. Y llamo a Martin, porque me figuro que hoy estamos los dos de servicio, ¿no?

–Sí. Vale, pues nos vemos luego en la comisaría.

Patrik colgó y se puso una camiseta.

–¿Qué ha pasado? –dijo Erica, y se incorporó en la cama.

—Los bomberos sospechan que alguien ha provocado un incendio en la antigua colonia infantil.

—¿En la colonia? ¿Han intentado quemarla? —Erica se sentó en el borde de la cama.

—Te prometo que te lo contaré todo —dijo Patrik sonriendo—. Ya sé que para ti es un proyecto importante.

—Pues no deja de ser una extraña coincidencia. Que alguien trate de incendiar la casa precisamente cuando Ebba acaba de volver.

Patrik meneó la cabeza. Sabía de sobra que su mujer se inmiscuía en cosas que no eran de su incumbencia, que se disparaba y sacaba conclusiones demasiado rebuscadas. Claro que muchas veces tenía razón, no podía por menos de reconocerlo, pero otras, armaba unos líos fenomenales.

—Annika dice que sospechan que haya sido provocado. Es lo único que sabemos, y no tiene por qué significar que lo sea.

—No, ya, pero así y todo... —objetó Erica—. Es raro que pase precisamente en estos momentos. ¿Por qué no voy contigo? Había pensado ir a hablar con Ebba de todos modos.

—¿Y quién tenías pensado que se quedara con los niños, eh? Yo creo que Maja todavía es muy pequeña para preparar la papilla de los chicos.

Le dio un beso a Erica en la mejilla antes de bajar la escalera a toda prisa. A su espalda oyó que los gemelos empezaban a llorar al unísono, como por encargo.

Patrik y Martin no hablaron gran cosa durante la travesía a Valö. La sola idea de un posible incendio provocado se les antojaba aterradora e incomprensible y, al acercarse a la isla y contemplar aquella visión idílica, les resultó todavía más irreal.

—Esto es precioso —dijo Martin, mientras subían por el sendero desde el muelle en el que Patrik había amarrado el bote.

—Tú habías estado aquí antes, ¿no? —dijo Patrik sin volverse hacia él—. Por lo menos, aquella Navidad.

Martin murmuró una respuesta inaudible. Como si se resistiera a recordar aquella Navidad funesta en que se vio involucrado en un drama familiar allí, en la isla.

Una extensa porción de césped apareció ante su vista, y los dos hombres se detuvieron y miraron a su alrededor.

—Yo tengo muy buenos recuerdos de este lugar —dijo Patrik—. Todos los años veníamos con el colegio, un verano estuve de campamento en un curso de vela. Y en ese campo de césped he dado muchas patadas a la pelota. Aquí he jugado a todo lo habido y por haber.

—Sí, ¿quién no ha estado aquí de campamento? En realidad, es raro que siempre se llamara colonia infantil, ¿no?

Patrik se encogió de hombros, y ambos reanudaron la marcha a buen paso en dirección a la casa.

—Por costumbre, supongo. En realidad, solo se usó como internado durante un breve periodo, y nadie quería llamarla por el nombre del tal Von Schlesinger, el que vivía aquí antes.

—Sí, yo también he oído hablar de ese viejo chiflado —dijo Martin, y soltó un taco al notar en la cara el latigazo de una rama—. ¿Quién es el propietario ahora?

—Supongo que la pareja que vive en la isla. A raíz de lo sucedido en 1974, y desde entonces, lo administraba el ayuntamiento, que yo sepa. Es una pena que la casa se haya deteriorado de ese modo, pero ahora parece que están restaurándola.

Martin se quedó observando los andamios que cubrían la fachada delantera.

—Desde luego, quedará preciosa. Espero que el fuego no haya hecho demasiado daño.

Continuaron hasta la escalinata de piedra que desembocaba en la puerta de entrada. Se respiraba un ambiente tranquilo, y vieron a unos hombres del cuerpo de bomberos voluntarios de Fjällbacka que ya recogían sus cosas. Debían de sudar litros y litros con aquellos trajes tan gruesos, pensó Patrik. A pesar de lo temprano que era, ya empezaba a hacer un calor insoportable.

—¡Hombre, hola! —El jefe de los bomberos, Östen Ronander, se acercaba a ellos saludando con las manos ennegrecidas de hollín.

–Hola, Östen. ¿Qué ha pasado? Annika me ha dicho que sospecháis que se trate de un incendio provocado.

–Pues sí, eso es lo que parece, desde luego. Claro que nosotros no tenemos competencia para valorarlo desde un punto de vista puramente técnico, así que espero que Torbjörn esté en camino.

–Sí, lo llamé mientras veníamos hacia aquí, y calculan que llegarán... –Patrik miró el reloj– ...dentro de media hora, más o menos.

–Estupendo. ¿Quieres que echemos un vistazo mientras tanto? Hemos hecho lo posible por no contaminar nada. El propietario ya había apagado el fuego con el extintor cuando llegamos, así que nos hemos limitado a comprobar que no quedaba ningún rescoldo. Por lo demás, no podíamos hacer gran cosa. Mirad, venid por aquí.

Östen señaló la entrada. Al otro lado de la puerta se veían en el suelo unas quemaduras extrañas, irregulares.

–Habrán utilizado algún tipo de líquido inflamable, ¿no? –Martin miró a Östen, y este asintió.

–Me da la impresión de que alguien vertió el líquido por la rendija de la puerta y le prendió fuego. A juzgar por el olor, diría que era gasolina, pero eso podrán confirmarlo Torbjörn y sus muchachos.

–¿Dónde están los habitantes de la casa?

–En la parte de atrás, esperando al personal sanitario que, por desgracia, se está retrasando a causa de un accidente de tráfico. Parecen conmocionados, la verdad, y he pensado que les vendría bien estar tranquilos. Además, me dije que más valía que no hubiera tanta gente pisoteando el lugar de los hechos antes de que pudierais obtener pruebas.

–Estás en todo, Östen –dijo Patrik, y le dio una palmadita en el hombro, antes de volverse hacia Martin–. ¿Qué te parece si vamos a hablar con ellos?

Sin esperar respuesta, se dirigió a la parte posterior de la casa. Al doblar la esquina, vieron unos muebles de jardín un poco más allá. Estaban muy estropeados y parecían haber pasado

muchos años a la intemperie. Ante la mesa había una pareja de unos treinta y cinco años. Los dos parecían desorientados. El hombre se levantó al verlos y se encaminó hacia ellos. Les dio la mano. Una mano fuerte y callosa, como si llevara mucho tiempo dedicada al trabajo duro.

—Mårten Stark.

Patrik y Martin se presentaron.

—No entendemos nada. Los bomberos han mencionado algo de un incendio provocado. —La mujer de Mårten se les acercó también. Era bajita y menuda y, aunque Patrik era de estatura media, solo le llegaba al hombro. Se la veía frágil y endeble, y tiritaba pese al calor.

—Bueno, no tiene por qué ser así. Todavía no sabemos nada seguro —dijo Patrik para tranquilizarlos.

—Esta es Ebba, mi mujer —aclaró Mårten, que se pasó la mano por la cara con un gesto de agotamiento.

—¿Os parece bien que nos sentemos? —preguntó Martin—. Nos gustaría que nos contarais algún detalle sobre lo ocurrido.

—Sí, claro, podemos sentarnos ahí —dijo Mårten señalando los muebles de jardín.

—¿Quién se dio cuenta de que la casa estaba en llamas? —Patrik miró a Mårten, que tenía una mancha de hollín en la frente y, al igual que Östen, las manos totalmente tiznadas. Mårten se miró las manos como si acabara de descubrir que las tenía sucias. Muy despacio, empezó a limpiárselas en los vaqueros antes de responder.

—Yo. Me desperté y noté un olor extraño. Me di cuenta enseguida de que debía de haber fuego en la planta baja, y fui a despertar a Ebba. Me llevó un rato, porque estaba profundamente dormida, pero al final conseguí sacarla de la cama. Eché a correr en busca del extintor, con una sola idea en la cabeza: tenía que apagar el fuego. —Mårten hablaba tan deprisa que se quedó sin resuello, y esperó unos segundos para recobrar el aliento.

—Creía que iba a morir. Estaba completamente segura. —Ebba se tocaba las uñas nerviosa, y Patrik la miró compasivo.

—Yo empecé a rociar las llamas con el extintor de la entrada como un loco —continuó Mårten—. Al principio no parecía surtir ningún efecto, pero continué rociándolo todo y, al cabo de un rato, el fuego se apagó. Pero el humo no se iba, había humo por todas partes. —Otra vez respiraba con dificultad.

—¿Por qué querría nadie...? No lo comprendo...

Ebba parecía ausente y Patrik sospechaba que Östen tenía razón: se encontraban en estado de *shock*. Eso explicaría también por qué temblaba como si estuviera tiritando. Cuando llegara la ambulancia, el personal sanitario tendría que examinarla con mucha atención y cerciorarse de que ni ella ni Mårten habían sufrido lesiones a causa del humo. Mucha gente ignoraba que el humo podía resultar más letal que el propio fuego. Las consecuencias de haber inhalado el humo de un incendio no se notaban hasta bastante después.

—¿Por qué creéis que el incendio ha sido provocado? —dijo Mårten, y volvió a frotarse la cara. No debía de haber dormido muchas horas, pensó Patrik.

—Como decía, todavía no lo sabemos con certeza —respondió evasivo—. Hay indicios, pero no quisiera pronunciarlo antes de que los técnicos hayan podido confirmarlo. ¿No habéis oído ningún ruido durante la noche?

—No, ya digo, yo me desperté cuando todo ya estaba en llamas.

Patrik señaló la casa que había un trecho más allá.

—¿Los vecinos están en casa? Quizá ellos hayan visto a algún desconocido merodeando por aquí, ¿no?

—Están de vacaciones, en esta parte de la isla solo estamos nosotros.

—¿Hay alguien que quisiera haceros daño? —intervino Martin. Solía dejar que Patrik dirigiese los interrogatorios, pero siempre estaba atento y observaba las reacciones de las personas con las que hablaban. Y eso era tan importante como formular las preguntas adecuadas.

—No, nadie, que yo sepa. —Ebba negó despacio con la cabeza.

—No llevamos tanto tiempo viviendo aquí. Solo dos meses —dijo Mårten—. Es la casa de los padres de Ebba, pero llevaba años alquilada y ella no había vuelto por aquí hasta ahora. Habíamos decidido restaurarla y hacer algo con ella.

Patrik y Martin intercambiaron una mirada fugaz. La historia de la casa y, por extensión, la de Ebba, era bien conocida en la zona, pero aquel no era el momento idóneo para sacar a relucir ese tema. Patrik se alegró de que Erica no estuviera con ellos, porque sabía que no habría podido contenerse.

—¿Dónde vivíais antes de trasladaros aquí? —preguntó Patrik, aunque podía adivinar la respuesta por el marcado acento de Mårten.

—¡En Gotemburgo, hombre! —dijo Mårten sin un amago de sonrisa.

—¿Ningún asunto pendiente con nadie de allí?

—No tenemos ningún asunto pendiente con nadie, ni en Gotemburgo ni en ningún otro lugar —respondió tajante.

—¿Y cómo se os ocurrió mudaros aquí? —dijo Patrik.

Ebba clavó la vista en la mesa y empezó a toquetearse la cadena que llevaba en el cuello. Era de plata, con un colgante muy bonito en forma de ángel.

—Se nos murió nuestro hijo —respondió, y tiró tan fuerte de la cadena que se le clavó en el cuello.

—Necesitábamos un cambio de escenario —dijo Mårten—. Esta casa estaba abandonada, se deterioraba sin que nadie se preocupara por ella, y vimos una oportunidad de empezar de nuevo. Mi familia siempre ha estado en el sector de la hostelería y me parecía lógico poner en marcha mi propio negocio. Habíamos pensado empezar con un *bed and breakfast*, y luego, con el tiempo, tratar de atraer congresos y cosas así.

—Parece que tenéis mucho trabajo. —Patrik miró el gran edificio, de cuya fachada blanca se desprendía la pintura. Se había hecho el propósito de no seguir indagando sobre el hijo muerto. El semblante de los padres reflejaba un dolor inconmensurable.

—No nos da miedo el trabajo. Y continuaremos mientras podamos. Si se nos agota la energía, tendremos que contratar a

alguien, pero preferimos ahorrarnos el dinero. Y aun así, nos costará bastante trabajo que nos salgan las cuentas.

—Ya. Entonces, no se os ocurre nadie que pudiera tener interés en perjudicaros a vosotros o vuestro negocio, ¿verdad? —insistió Martin.

—¿Negocio? ¿Qué negocio? —dijo Mårten con una risotada irónica—. No, no se nos ocurre una sola persona capaz de hacernos algo así. Hemos llevado una vida como la de cualquiera. Somos personas normales y corrientes.

Patrik pensó un instante en el pasado de Ebba. Él no conocía a muchas personas con un misterio tan fatídico en su pasado. En Fjällbacka y sus alrededores, las historias y especulaciones sobre lo que les sucedió a Ebba y a su familia eran tan numerosas como descabelladas.

—A menos que... —Mårten miró inquisitivo a Ebba, que no parecía comprender a qué se refería. Siguió mirándola sin apartar la vista—. Lo único que se me ocurre son las felicitaciones de cumpleaños.

—¿Qué felicitaciones? —preguntó Martin.

—Ebba lleva toda la vida recibiendo una felicitación anual de alguien que solo firma con una «G». Sus padres adoptivos nunca averiguaron quién las enviaba. Y Ebba siguió recibíéndolas aun después de haberse emancipado.

—¿Y Ebba tampoco tiene la menor idea de quién puede ser el remitente? —dijo Patrik. Enseguida cayó en la cuenta de que estaba hablando de ella como si no estuviera presente. Se volvió hacia la mujer y repitió la pregunta:

—¿No tienes la menor idea de quién te envía esas tarjetas?

—No.

—¿Y tus padres adoptivos? ¿Estás segura de que no saben nada?

—No tienen ni idea.

—Y el tal G, ¿se ha puesto en contacto contigo de alguna otra forma? ¿Con amenazas, quizá?

—No, nunca. ¿A que no, Ebba? —Mårten alargó la mano hacia Ebba, como si quisiera acariciarla, pero la dejó caer de nuevo en la rodilla.

Ella negó con un gesto.

–Mira, ya ha llegado Torbjörn –dijo Martin señalando el sendero.

–Estupendo, pues vamos a dejarlo aquí, así podréis descansar un poco. El personal sanitario está en camino, si os sugieren que vayáis con ellos al hospital, yo en vuestro lugar les haría caso. Estas cosas hay que tomárselas en serio.

–Gracias –dijo Mårten al tiempo que se levantaba–. Y avisadnos si averiguáis algo.

–Cuenta con ello. –Patrik lanzó una última mirada de preocupación hacia Ebba, que aún seguía como encerrada en una burbuja. Se preguntó cómo habría afectado a su personalidad la tragedia de la infancia, pero se obligó a abandonar esos pensamientos. En aquellos momentos debía concentrarse en el trabajo que tenían por delante. Atrapar a un posible pirómano.

Fjällbacka, 1912

Dagmar seguía sin comprender cómo había podido ocurrir aquello. Se lo habían arrebatado todo y se veía completamente sola. Por donde quiera que fuese, la gente murmuraba y decía cosas horribles a su espalda. Odian a su madre por lo que había hecho.

A veces, por las noches, echaba tanto de menos a su madre y a su padre que tenía que morder el almohadón para que no la oyeran llorar. Si lo hacía, la bruja con la que vivía le daría tal paliza que le dejaría la piel llena de moretones. Pero no siempre lograba contener el llanto, cuando las pesadillas la visitaban por las noches y se despertaba empapada de sudor. En los sueños veía las cabezas cortadas de sus padres. Porque, en efecto, al final los decapitaron. Dagmar no estuvo presente y no lo vio, pero tenía la imagen impresa a fuego en la retina.

A veces, también la perseguían en sueños las figuras de los niños. Hasta ocho recién nacidos había encontrado la Policía cuando empezó a cavar el suelo de tierra del sótano. Eso dijo la bruja: «Ocho criaturitas, pobrecillos». Eso decía lamentándose y meneando la cabeza en cuanto venía alguna visita. Las amigas clavaban en Dagmar sus ojos afilados. «Pues está claro que la niña tenía que saberlo», decían. «A pesar de lo pequeña que era entonces, seguro que sabía lo que estaba pasando, ¿no?».

Dagmar se negaba a permitir que la humillaran. No importaba que fuera verdad o no. Su madre y su padre la querían, y a aquellos niños llorones y sucios no los quería nadie, de todos modos. Precisamente por eso acabaron con su madre. Ella los cuidó y trabajó por los pequeños durante años, y como agradecimiento por haberse ocupado de aquellos a

quienes nadie quería, sufrió humillaciones, burlas y, al fin, la muerte. Lo mismo sucedió con su padre. Le había ayudado a su madre a enterrar a los niños y, según ellos, también merecía morir.

A ella la colocaron con la bruja después de que la Policía se llevase a sus padres. Nadie más estaba dispuesto a quedarse con ella, ni familia ni amigos. Nadie quería tener nada que ver con ellos. La partera de ángeles de Fjällbacka, así habían empezado a llamarla desde el día que encontraron todos esos esqueletos diminutos. A aquellas alturas, hasta cantaban canciones sobre ella. De la asesina de niños, que los ahogaba en un barreño, y de su marido, que los enterraba en el sótano. Dagmar se sabía las canciones de memoria, los mocosos de la madre de acogida se las cantaban siempre que podían.

Todo aquello era soportable. Ella era la princesa de su padre y de su madre, y sabía que había sido una hija deseada y querida. Tan solo temblaba de pavor cada vez que oía el ruido de los pasos del padre de acogida acercándose por el pasillo. En momentos como esos, Dagmar deseaba haber podido seguir a sus padres a la muerte.